



Hipertexto 13  
Invierno 2011  
pp. 151-158

**No de agua, de polvo el río:  
la simbolización del inconsciente en *Pedro Páramo***

Lilia Leticia García Peña  
Universidad de Colima

[Hipertexto](#)

Este análisis forma parte de un trabajo más amplio sobre el imaginario simbólico del inconsciente y los sueños en la literatura mexicana del siglo XX. Cuando revisé *Pedro Páramo*, por supuesto que no me sorprendió encontrar una rica constelación simbólica que representa distintos contenidos y preocupaciones que emergen del inconsciente humano; lo que sí fue dibujándose, poco a poco cada vez con mayor claridad es que existe en esta obra una representación del inconsciente mismo como contenedor, como espacio profundo de la psiquis del ser humano, y fue revelándose que esta representación, además, subvertía y enfrentaba imágenes recurrentes y dominantes en la tradición occidental.

¿Interpretaciones de *Pedro Páramo*? Lo sabemos, infinidad, diversas y atinadas, no intentaré aquí ni siquiera recapitularlas. Me interesa solamente mencionar tres entradas críticas desde las que se ha abordado la obra: la que constituye el trabajo de quienes han analizado las manifestaciones del inconsciente personal y colectivo en la novela: seres fantasmales, ánimas, ecos de la conciencia, el viaje simbólico, la búsqueda del padre, la búsqueda del paraíso o los arquetipos maternos; la lectura que apunta a la historia del poder, del cacicazgo, de la tierra en México; y la que sugiere el propio Rulfo, la novela como el relato del pueblo de Comala, en donde todos están muertos, bajo la historia de un cacique en un texto de apariencia realista.

Ante este panorama crítico, desde mi punto de vista, *Pedro Páramo* no es sólo el fluir de imágenes del inconsciente, sino la representación del inconsciente mismo de una manera intensamente original, y síntesis del

**Hipertexto 13 (2011) 151**

pensamiento mexicano que corre desde los antecedentes precolombinos, la herencia occidental griega, la tradición judeo-cristiana, y sin duda, la sensibilidad personal de Rulfo: enorme y provocadora. En estas páginas intentaré mostrar las cualidades de tal representación ¿Cómo es ese espacio de nosotros que guarda nuestros recuerdos y almacena olvidos? ¿Cómo funcionan sus mecanismos? ¿Cómo nos ata y nos libera? ¿Cómo se enlazan los deseos, los sueños, los infortunios y las esperanzas para ir sedimentando un bloque que va con nosotros siempre, que se oculta y se muestra, que fluye y se dispersa? Juan Rulfo no lo explica: lo representa.

Juan Rulfo nació el 16 de mayo de 1917 en Jalisco. Vivió en San Gabriel, hasta que se trasladó a Guadalajara con familiares que se hacen cargo temporalmente de él, tras la temprana muerte de sus padres. Vive la soledad y el abandono, tanto como la violencia que suscitan en el ánimo nacional los acontecimientos de la Revolución Cristera (1926-1928), mientras pasa su adolescencia en un orfanato del que sale a los 14 años para viajar al Distrito Federal. En la Ciudad de México, se busca la vida solo y le es imposible realizar estudios universitarios. No conoce ahí a nadie, encuentra un trabajo en la oficina de migración y escribe una novela titulada *El hijo del desaliento* de la que sólo se conserva un capítulo aparecido, posteriormente, como “Un pedazo de noche”. En esa época, Rulfo lidia con la angustia en la soledad de su conciencia. Rulfo escribe *Pedro Páramo* entre 1953 y 1954, aunque la concibe desde 1947 a los 29 años. El propio Rulfo ubica la génesis de la novela con precisión: “Cuando escribí *Pedro Páramo* sólo pensé en salir de una gran ansiedad” (Juan Rulfo, 1985).

Como sabemos, la novela inicia cuando Juan Preciado cumpliendo una promesa hecha a su madre Dolores Preciado antes de morir busca a su padre, Pedro Páramo, para vengar el olvido en que los tuvo. Juan Preciado pasa dos días vivo en Comala, y aunque nos enteramos hasta el fragmento 36, él está muerto desde que empieza la obra. Preciado cuenta su encuentro con su medio hermano, Abundio Martínez el arriero, así como la narración de sus conversaciones con Eduviges, Damiana, Dorotea, y los diálogos que escucha de Susana, Miguel, el padre Rentería, todos muertos también. La novela termina con la disolución de Pedro Páramo que “Dio un golpe seco contra la tierra y se fue desmoronando como si fuera un montón de piedras” (178).

Para el tema que nos ocupa, es importante detenernos en el fragmento en donde se narra el último episodio de su vida, justo antes de morir, el encuentro con la pareja incestuosa Donis y su hermana. Es significativo porque es ahí donde sabemos que Juan Preciado muere de terror: “Entonces se me heló el alma. Por eso es que ustedes me encontraron muerto” (119). El terror y el enfrentamiento con el inconsciente serán uno para Juan Preciado: En realidad, Juan Preciado no va a ninguna parte sino hacia el fondo de sí mismo.

En esta atmósfera marcada por la ansiedad y el pánico que desatan las sensaciones intensas fuera de control, surge la representación del

inconsciente en la novela: “Fui caminando a pasos cortos, tentaleando en la oscuridad, hasta que llegué a mi cuarto. Allí me senté en el suelo a esperar el sueño” (93). La simbolización del inconsciente en *Pedro Páramo* subvierte su representación en la tradición occidental.

Recordemos que el agua ha sido símbolo predilecto del inconsciente en la tradición: el agua amniótica llena de connotaciones vitales, el agua del océano en que se cumple el viaje de Ulises, el agua bautismal que purifica, el agua torrencial del diluvio que renueva. Dos nombres, sin embargo, se relacionan especialmente con la analogía del agua y el inconsciente en el siglo XX: Freud y Jung.

La teoría moderna del inconsciente surge con Freud quien lo describe como “fenómenos que no están dentro del campo de la conciencia en un momento determinado” (Macey 400), realidades de la persona que han sido censuradas o reprimidas por la conciencia. El inconsciente sólo puede conocerse a través de sus manifestaciones: los sueños, las fantasías y las obsesiones. Para Freud, la mente humana es como un iceberg. “El inconsciente es profundo y peligroso desconocido como el océano; y el psicoanálisis -el convertidor inconsciente en consciente- es como reclamar la tierra del mar...” (Metzner 21). Al parecer, la analogía de Freud proviene de Gustave Fechner de acuerdo a la biografía hecha por Ernest Jones. Es sin duda Freud, quien la difunde, comparando a la mente con un iceberg del que vemos una mínima parte, la consciente, y con una gran parte sumergida, el inconsciente, bajo el agua.

Para Jung (1994a):

...nuestra conciencia individual, no deja de perpetuarse inquebrantablemente en el seno del *inconsciente colectivo*, comparable a un mar sobre el cual la conciencia del yo navegara cual un navío. Por eso nada o casi nada del mundo psíquico originario ha desaparecido. Al igual que los mares separan los continentes con su inmensidad y los rodean como a islas, así la inconsciencia originaria asalta por todas partes a las conciencias individuales [...]. La conciencia individual está rodeada por los abismos del inconsciente como por un mar amenazador. (25)

El inconsciente en Jung como lugar de encuentro de lo olvidado y lo reprimido, tiene su símbolo prioritario en el agua. Así por ejemplo, en *Arquetipos e inconsciente colectivo* registra un sueño que un sujeto tiene repetidamente en el que:

...se encuentra en una pendiente, abajo hay un profundo valle y en éste un lago oscuro. Sabía, en el sueño, que hasta ese momento algo le había impedido acercarse al lago. Pero esta vez resuelve llegar hasta el agua. A medida que se acerca a la orilla, todo se vuelve más oscuro e inquietante y de repente una ráfaga se desliza rápidamente por la superficie del agua. En ese momento se siente poseído por el pánico y despierta. (23)

Según Jung, este sueño muestra el simbolismo natural. El soñador desciende a sus propias profundidades, y el camino lo conduce a unas aguas

misteriosas. Es importante advertir que esta misma sensación de terror ante lo misterioso e inquietante que guarda el inconsciente es la que sobrecoge y aniquila a Juan Preciado en la novela.

Juan Preciado se acerca también a un espacio que es reserva de lo olvidado y lo vivido, recuerdos y experiencias que se depositan en algún lugar del ser. En la novela, el inconsciente es inicialmente configurado como un cuarto sin ventanas al final de un pasillo oscuro, un espacio oscuro y cerrado, que aparece vacío y se irá llenando con las revelaciones conforme Juan Preciado se adentre en él:

Parecía que me hubiera estado esperando. Tenía todo dispuesto, según me dijo, haciendo que la siguiera por una larga serie de cuartos oscuros, al parecer desolados. Pero no; porque, en cuanto me acostumbré a la oscuridad y al delgado hilo de luz que nos seguía, vi crecer sombras a ambos lados y sentí que íbamos caminando a través de un angosto pasillo abierto entre bultos [...]

Yo no supe qué pensar. Ni ella me dejó en qué pensar:

-Éste es su cuarto -me dijo. No tenía puertas, solamente aquella por donde habíamos entrado. Encendió la vela y lo vi vacío. (71)

En ese lugar habitarán los recuerdos, las voces de muertos nunca vistos escuchados a través de la madre, la figura del padre desdibujada, las ilusiones, los miedos; pero a diferencia de las concepciones freudiana o jungiana, el espacio inconsciente en *Pedro Páramo* es seco, terrestre.

Si la imagen de representación del inconsciente en *Pedro Páramo* se relaciona con la tierra, ésta a su vez, como todo símbolo cultural, se tiñe de herencias, unidad básica de interacción cultural que refleja la influencia del pasado y las transformaciones de los modos de poder político y económico. La tierra –como bien señalan González Alcantud y González de Molina (1992)-juega un papel esencial en el acervo de construcciones simbólicas que orientan la práctica social del hombre y su relación con la naturaleza (34).

El referente espacial de *Pedro Páramo*, los Altos de Jalisco, contribuye a subrayar la vinculación profunda entre el ser humano y la tierra en el proceso de simbolización de la novela. Como bien dice Héctor Manjarrez (1990) “en cierto sentido, Rulfo era el campo mexicano” (247), nadie como él para representar la esencia de la tierra y su potencia en la cultura mexicana. Juan Rulfo enfatiza siempre el peso que implica en su obra y su visión de la vida, la región de la que provenía. Una zona que fue objeto de un violento proceso de conquista que arrasó con todo a su paso. Los agricultores españoles asentados ahí, se concibieron a sí mismos como herederos absolutos, marcaron la tierra de la que se había exterminado a la población indígena con una actitud criolla reaccionaria y conservadora.

La injusta posesión de la tierra, la crueldad del despojo, de la que Rulfo es testigo lo hace consciente del vínculo intenso entre la tierra y el ser, de ahí que su representación del inconsciente sepa captar las particularidades de un proceso de simbolización que se arraiga en la tierra.

La representación del inconsciente en la novela implica el descenso en medio de una atmósfera asfixiante porque los personajes no sólo están muertos, sino que están *enterrados*. Aquí se refuerza una analogía notable, de la misma manera en que en el inconsciente se encuentran enterradas nuestras experiencias previas, Juan Preciado se enfrenta a sí mismo bajo tierra, en un lugar en donde “Cuando caminas, sientes que te van pisando los pasos” (101). A diferencia de la tradición occidental, la representación del inconsciente no flota en las aguas cristalinas o tormentosas que rodean a Ulises, por ejemplo, sino enterrado entre muertos: “-Ya déjate de miedos. Nadie te puede dar ya miedo. Haz por pensar en cosas agradables porque vamos a estar mucho tiempo enterrados” (120), le dice Dorotea a Preciado.

En *Pedro Páramo*, el contenido del inconsciente se simboliza por analogía con los muertos, que no tienen materialidad, flotan, se desplazan, se remueven entre la tierra húmeda. La representación terrestre del inconsciente contiene la apariencia de descorporeización, lo que puede leerse como un pueblo de muertos puede también leerse como las imágenes que el inconsciente guarda como trazos sin sustancia de formas físicas de lo real. Comala es como el propio Rulfo dijo irrepresentable e infotografiable, no hay un paisaje que se le asemeje en el entorno físico porque es una representación de los vaivenes de la mente y sus imágenes donde se empalman los tiempos y los espacios.

Me parece que en esta representación sumamente personal de Rulfo, la imagen del enterramiento conlleva herencias culturales más amplias: la católica que mezcla la muerte, la culpa y la tierra: “Polvo eres y en polvo te convertirás” y la antigua cosmovisión indígena náhuatl. Cuenta Juan Rulfo:

Yo fui criado en un ambiente de fe, pero sé que la fe allí ha sido trastocada a tal grado que aparentemente se niega que estos hombres crean, que tengan fe en algo [...] Ellos creyeron alguna vez en algo, los personajes de *Pedro Páramo*, aunque siguen siendo creyentes, en realidad su fe está deshabitada. No tienen un asidero, una cosa de donde aferrarse. (Entrevista 1973)

Quiero decir, que nuestra manera mexicana de concebirnos y de representarnos, queda atravesada por una herencia ancestral que nos marca desde una concepción católica reaccionaria y conservadora. Cuando Juan Rulfo se encamina a liberar la ansiedad que, según sus propias palabras tan intensamente le atormenta, esta expresa un conflicto individual, pero atado al “malestar en la cultura”, en términos de Freud. El enfrentamiento con el inconsciente generará y revelará aspectos culturales de las emociones y su representación simbólica elige una atmósfera que lo expresa: el enterramiento. Una historia de fanatismo, una especie de resentimiento cultural antiguo y pertinaz acumulado de siglos, es de alguna forma, el sustrato que alimenta el espacio textual del enterramiento en *Pedro Páramo*.

La antigua tradición indígena mesoamericana también refleja un carácter marcadamente telúrico, incluso José Alcina Franch (2003) señala que si bien Tláloc, “en tanto que dios de la lluvia y el rayo se traduce por “el

que hace brotar”, no es menos cierto que “hablando estricta y gramaticalmente el nombre de Tláloc debe relacionarse con el adjetivo tlallo, que significa lleno de tierra, cubierto de tierra, hecho de tierra, cuyo plural es tlallope” (49). Este antecedente no me parece marginal porque una de las grandezas de Rulfo es haber sabido interiorizar y modelizar en su obra los ecos de nuestro pasado indígena; al igual que Fernando Benítez, no tengo duda de que Rulfo expresa mejor que nadie esta herencia nuestra.

La representación del inconsciente, como en un rompecabezas narrativo, es la confluencia de voces, diálogos y silencios que vienen de distintos tiempos y espacios, que surgen y cruzan de maneras aparentemente caprichosas y desordenadas pero que, en algún punto, encuentran siempre sus bordes exactos de coincidencia: “Oía de vez en cuando el sonido de las palabras, y notaba la diferencia. Porque las palabras que había oído hasta entonces, hasta entonces lo supe, no tenían ningún sonido, no sonaban; se sentían, pero sin sonido, como las que se oyen durante los sueños” (107).

Esta modelización se subraya en la novela a partir de la ausencia de divisiones, apartados o capítulos, y la estructura narrativa como pliego hecho de pausas y saltos temporales y espaciales. Esta estructura ha sido ya percibida por Fabienne Bradu (1989):

En *Pedro Páramo* la ordenación del tiempo, de las voces, reside en los espacios en blanco que separan los fragmentos. El rompecabezas del tiempo se nos ofrece, no en la palabra dicha, no en la mención de un “antes” o un “después” en la historia narrada, sino en la ausencia de escritura. (27)

En ese espacio vemos fluir las pasiones: el miedo y el terror que generan imágenes como la de Donis y su hermana quienes según el propio autor “No existen, es una alucinación que tiene dentro del terror mismo” (“Aclaraciones de Juan Rulfo a su novela *Pedro Páramo*” 248); la angustia; la culpa como en la hermana de Donis: “-¿No me ve el pecado? ¿No ve esas manchas moradas como de jote que me llenan de arriba abajo? Y eso es sólo por fuera; por dentro estoy hecha un mar de lodo” (111), el acoso, los confines de la locura, el deseo, la frustración, la ansiedad, el amor y el deseo primario sin límites hacia Susana Sanjuán: “Esperé treinta años a que regresaras, Susana. Esperé a tenerlo todo. No solamente algo, sino todo lo que se pudiera conseguir de modo que no nos quedara ningún deseo, sólo el tuyo, el deseo de ti” (139), la violencia, el rencor y el desamparo.

Por mucho que lo parezca, el inconsciente, desde luego, no es una entidad objetiva, es una percepción cultural propia de nuestra época y equivalente a la noción de alma, u otra similar en otras mentalidades de la historia de la cultura. Juan Rulfo, sobra decirlo, no menciona nunca la palabra inconsciente, pero sí perfila un espacio de percepciones mentales que corresponde con esta construcción cultural a través de la cual nos explicamos en nuestros días y nuestra cultura las múltiples dimensiones de nuestro ser entre la vigilia y el sueño, y aquellos recuerdos guardados con su carga emotiva: “Me sentí en un mundo lejano y me dejé arrastrar –dice Juan

Preciado- Mi cuerpo, que parecía aflojarse, se doblaba ante todo, había soltado sus amarras y cualquiera podía jugar con él como si fuera de trapo” (73). Juan Preciado traspasa “la maraña del sueño, llegando hasta el lugar donde anidan los sobresaltos” (85). El inconsciente, suma de contenidos ocultos pero activos que usualmente no llegan a la conciencia: “ese recordar intenso de tantas cosas” (156), “Ruidos callados” dice Rulfo (86).

El inconsciente representado en Juan Rulfo aparece como fuente de grandes sufrimientos, los significados de los recuerdos enterrados se remueven en medio de una atmósfera asfixiante, de alguna manera, el pesimismo y la oscuridad infiltran la visión rulfiana de la vida y del hombre; pero desde cierta perspectiva puede leerse de otro modo, *Pedro Páramo* es la expresión de un triunfo, el triunfo sobre el lado negativo de la memoria, sobre la sombra, la posibilidad concretada del ser humano de enfrentarse a sí mismo.

Si *Pedro Páramo* fue el resultado de la liberación de una agobiante ansiedad como lo confió Rulfo, podríamos deducir que si nunca más volvió a escribir, la angustia y la ansiedad lo poseían y como dice Manjarrez, “su calvario debe haber sido pavoroso” (248) pero sea como sea, mucho queda, *Pedro Páramo* reinventa la liberación con cada lector que se acerca, dibuja nuestras más hondas profundidades.

### Obras citadas

Bradú, Fabienne. *Ecos del páramo*. México: FCE, 1989. Print.

Franch, José Alcina. “El agua en la cosmovisión mexicana”. *El agua. Mitos, ritos y realidades*. 2ª. ed. Coords. González Alcantud José y Malpica Antonio. Barcelona: Anthropos, 2003. 39-60. Print.

González Alcantud José A. y González de Molina Manuel, Eds. Introducción a *La tierra. Mitos, ritos y realidades*. Barcelona: Anthropos, 1992. 7-50. Print.

Jung, C.G. *Los complejos y el inconsciente*. Barcelona: Atalaya, 1994. Print.

Jung, C.G. *Arquetipos e inconsciente colectivo*. Barcelona: Paidós, 1994. Print.

Manjarrez, Héctor. “Vida y muerte de Juan Rulfo”. *El camino de los sentimientos*. México: ERA, 1990. Print.

Metzner, Ralph. *Las grandes metáforas de la tradición sagrada. Las transformaciones de la conciencia y la naturaleza humana*. Barcelona: Kairós, 2005. Print.

Macey, David. "El inconsciente". *Diccionario de Teoría crítica y Estudios culturales*. Buenos Aires: Paidós, 2002. Print.

Rulfo, Juan. *Pedro Páramo*. Ed. José Carlos González Boixo, 19ª ed. Madrid: Cátedra, 2000. Print.

---. "Aclaraciones de Juan Rulfo a su novela *Pedro Páramo*", Entrevista en *Pedro Páramo*. Ed. José Carlos González Boixo, 19ª ed. Madrid: Cátedra, 2000, 247-251. Print.

---. (1985). "*Pedro Páramo* treinta años después". 1 de agosto, 2009. Web. <<http://www.letras.s5.com/rulfo160202.htm>>.

---. (1973). "Entrevista con Joseph Sommers". *Siempre! La cultura en México*. núm. 1,051 (15-VIII-1973), pp. VI-VII. Web. 1 de agosto, 2009. Web. <<http://www.clubcultura.com/clubliteratura/clubescritores/juanrulfo/entrevista.htm>>.